

Plaza Pública
para: la edición del 16 de febrero 1996

Consulta y acuerdos Miguel Ángel Granados Chapa

Ha sido largo el camino entre San Miguel y San Andrés, pese a que media entre ambas poblaciones una distancia recorrible en una jornada: entre el 9 de abril del año pasado, en que se encontraron por primera vez las delegaciones zapatista y del nuevo gobierno, y el 15 de febrero en que se lograron los primeros acuerdos entre esos interlocutores, transcurrieron no sólo diez meses de diálogo y tensiones, sino también de un proceso de conversión del zapatismo armado en cabeza de un movimiento nacional indígena. Ese es el saldo principal del largo periodo de negociaciones, una de cuyas etapas concluyó ayer.

Antes que examinar el alcance de los documentos acordados ayer, conviene echar una mirada al proceso mismo por el cual los zapatistas llegaron a la postura expuesta el miércoles por el comandante Tacho. El EZLN organizó durante enero y la primera mitad de febrero una vasta consulta en las comunidades donde mantiene influencia, en torno de los acuerdos cuyo texto recibió su delegación. A las mentalidades socarronas les cuesta trabajo creer en las particularidades del proceso democrático indígena, y más aún, hasta en la consulta misma. Deformados como estamos a presenciar soluciones desde arriba, cuando mucho difundidas

imperativamente hacia abajo (y con frecuencia de plano simuladas), tendemos a creer que la consulta zapatista es pura escenografía, una pantalla que oculta el autoritarismo de la comandancia zapatista. Pero, a pesar de las dificultades para una observación desde fuera debido a la intensa presencia militar en la comarca, abundan los indicios de que la participación consensual, aquella que va acercando a la comunidad a un punto de vista único, a través de explicaciones y persuasión, se practicó pacientemente y permitió arribar a resultados.

Ya antes se realizó una consulta semejante, con desenlace diferente. El primero de marzo de 1994, al concluir las conversaciones en la Catedral de San Cristobal de las Casas, el Ejército Zapatista de Liberación Nacional se retiró a sus comunidades a consultarlas sobre las ofertas planteadas por el gobierno federal. El 24 siguiente la consulta fue interrumpida, a causa del asesinato de Luis Donaldo Colosio y la alerta roja dictada con ese motivo por el mando militar zapatista, temeroso de que se lanzara sobre sus fuerzas una ofensiva. Disipada esa amenaza, la consulta se reanudó a mediados de abril y concluyó el 28 de mayo. El 12 de junio fueron dados a conocer los resultados, en que la mayor parte de los zapatistas rechazó la propuesta gubernamental, con un porcentaje análogo al obtenido ahora. En efecto, 97.88 por ciento de las mujeres, varones y niños mayores de 12 años, se opuso a la aceptación de los acuerdos. Un porcentaje levemente menor, de 96.74 por ciento votó, a pesar de que no se firmara la paz, por no reanudar las hostilidades

sino caminar a través del diálogo hacia una solución política, senda que sólo se retomaría en abril siguiente, ya con un nuevo Presidente en Los Pinos.

La nueva consulta, mucho más complicada que la anterior, pues incluía respuestas a varias cuestiones y se realizó en condiciones más precarias que las vigentes 19 meses atrás, produjo un 96 por ciento de respuestas afirmativas a las propuestas que integrarían los documentos redactados ayer. Simultáneamente, las comunidades consultadas hicieron notar en su votación su rechazo a respuestas gubernamentales contrarias a las posiciones zapatistas expuestas en la mesa de cultura y derechos indígenas.

Importa saber quiénes participaron en esta consulta, porque esa información pinta la dimensión política y aun militar del zapatismo. En el comunicado en que ofreció el resultado de la votación, la comandancia del EZLN habla de "varias decenas de decenas de miles de hombres y mujeres, indígenas en su inmensa mayoría". No hay modo de comprobar la veracidad de esa ^{vaga} cifra, y con la socarronería de que hablé antes estamos tentados a disminuirla, suponiendo que se trata sólo de un alarde zapatista. Pero otras informaciones permiten saber que participaron en ese ejercicio político cientos de comunidades no sólo en la Selva Lacandona, sino también en los Altos, en la región norte de Chiapas, fronteriza con Tabasco y algunos poblados que lindan con Guatemala. Los habitantes de esas comarcas son considerados por el EZLN como "bases de apoyo zapatistas", pero también se refiere a ellos como

"pueblos zapatistas alzados en armas". Tampoco tenemos modo de saber el grado de exactitud de esas apreciaciones. Pero podemos conjeturar que, a pesar de la ofensiva federal de hace un año, y de la militarización de esas zonas, permanente desde entonces, la plataforma social del zapatismo no se ha achicado. Comunidades enteras, como la de Guadalupe Tepeyac, tuvieron que replegarse en febrero pasado, antes que defeccionar, todo lo cual probablemente indica que el gobierno procura engañar o engañarse cuando se ufana de que frente a sus fuerzas hay sólo un puñado de rebeldes.

Si así fuera, carecería de sentido el pacientísimo esfuerzo negociador de las autoridades, que en los hechos admiten la importancia de una presencia singular en la vida mexicana: una fuerza política con apoyo armado, de donde brota su capacidad de interlocución. Esa fuerza se ha orientado, a partir del Foro Nacional Indígena, a organizar y poner en acción un movimiento nacional indígena, además del logro de sus pretensiones locales. En la admisión del EZ como un interlocutor en asuntos nacionales, se condensa el avance político del zapatismo armado. Como lo dice el propio comunicado zapatista, los acuerdos "siguen siendo sólo papel", pero son la base para avanzar. Se trata de logros al mismo tiempo minúsculos y enormes, incipientes y terminales, comienzo y fin de una etapa.

PLAZA PÚBLICA
MIGUEL ANGEL GRANADOS CHAPA

Consulta y acuerdos

Tras un ejercicio democrático cuyas características tienen importancia política, y militar, el zapatismo armado ha resuelto aprobar acuerdos a que había llegado su delegación, en diálogo con el gobierno, y por los cuales todos ganan.



HA SIDO LARGO EL CAMINO ENTRE SAN MIGUEL Y San Andrés, pese a que media entre ambas poblaciones una distancia recorrible en una jornada: entre el 9 de abril del año pasado, en que se encontraron por primera vez las delegaciones zapatista y del nuevo gobierno, y el 15 de febrero en que se lograron los primeros acuerdos entre esos interlocutores, transcurrieron no sólo diez meses de diálogo y tensiones, sino también de un proceso de conversión del zapatismo armado en cabeza de un movimiento nacional indígena. Ese es el saldo principal del largo periodo de negociaciones, una de cuyas etapas concluyó ayer.

Antes que examinar el alcance de los documentos acordados ayer, conviene echar una mirada al proceso mismo por el cual los zapatistas llegaron a la postura expuesta el miércoles por el comandante Tacho. El EZLN organizó durante enero y la primera mitad de febrero una vasta consulta en las comunidades donde mantiene influencia, en torno de los acuerdos cuyo texto recibió su delegación. A las mentalidades socarronas les cuesta trabajo creer en las particularidades del proceso democrático indígena, y más aún, hasta en la consulta misma. Deformados como estamos a presenciar soluciones desde arriba, cuando mucho difundidas imperativamente hacia abajo (y con frecuencia de plano simuladas), tendemos a creer que la consulta zapatista es pura escenografía, una pantalla que oculta el autoritarismo de la comandancia zapatista. Pero, a pesar de las dificultades para una observación desde fuera debido a la intensa presencia militar en la comarca, abundan los indicios de que la participación consensual, aquella que va acercando a la comunidad a un punto de vista único, a través de explicaciones y persuasión, se practicó pacientemente y permitió arribar a resultados.

Ya antes se realizó una consulta semejante, con desenlace diferente. El primero de marzo de 1994, al concluir las conversaciones en la Catedral de San Cristóbal de las Casas, el Ejército Zapatista de Liberación Nacional se retiró a sus comunidades a consultarlas sobre las ofertas planteadas por el gobierno federal. El 24 siguiente la consulta fue interrumpida, a causa del asesinato

de Luis Donaldo Colosio y la alerta roja dictada con ese motivo por el mando militar zapatista, temeroso de que se lanzara sobre sus fuerzas una ofensiva. Disipada esa amenaza, la consulta se reanudó a mediados de abril y concluyó el 28 de mayo.

El 12 de junio fueron dados a conocer los resultados, en que la mayor parte de los zapatistas rechazó la propuesta gubernamental, con un porcentaje análogo al obtenido ahora. En efecto, 97.88 por ciento de las mujeres, varones y niños mayores de 12 años, se opuso a la aceptación de los acuerdos. Un porcentaje levemente menor, de 96.74 por ciento votó, a pesar de que no se firmara la paz, por no reanudar las hostilidades sino caminar a través del diálogo hacia una solución política, senda que sólo se retomaría en abril siguiente, ya con un nuevo Presidente en Los Pinos.

La nueva consulta, mucho más complicada que la anterior, pues incluía respuestas a varias cuestiones y se realizó en condiciones más precarias que las vigentes 19 meses atrás, produjo un 96 por ciento de respuestas afirmativas a las propuestas que integrarían los documentos redactados ayer. Simultáneamente, las comunidades consultadas hicieron notar en su votación su rechazo a respuestas gubernamentales contrarias a las posiciones zapatistas expuestas en la mesa de cultura y derechos indígenas. Esta vez, la contabilidad



El comandante Tacho leyó el miércoles un comunicado donde se resumen los

resultados de la consulta emprendida en las semanas recientes por el Ejército Zapatista de Liberación Nacional, y que lleva adelante el proceso de paz.

zapatista incluyó cifras no sólo sobre el voto en contra (dos por ciento), sino también sobre la abstención (1.4 por ciento) y sobre una actitud digamos comodina o confanzuda, que facultaba al mando a tomar la decisión, y que fue casi imperceptible (0.6 por ciento).

Importa saber quiénes participaron en esta consulta, porque esa información pinta la dimensión política y aun militar del zapatismo. En el comunicado en que ofreció el resultado de la votación, la comandancia del EZLN habla de "varias decenas de decenas de miles de hombres y mujeres, indígenas en su inmensa mayoría". No hay modo de comprobar la veracidad de esa cifra, y con la socarronería de que hablé antes estamos tentados a disminuirla, suponiendo que se trata sólo de un alarde zapatista. Pero otras informaciones permiten saber que participaron en ese ejercicio político cientos de comunidades no sólo en la Selva Lacandona, sino también en los Altos, en la región norte de Chiapas, fronteriza con Tabasco y algunos poblados que lindan con Guatemala. Los habitantes de esas comarcas son considerados por el EZLN como "bases de apoyo zapatistas", pero también se refiere a ellos como "pueblos zapatistas alzados en armas". Tampoco tenemos modo de saber el grado de exactitud de esas apreciaciones. Pero podemos conjeturar que, a pesar de la ofensiva federal de hace un año, y de la militarización de esas zonas, permanente desde entonces, la plataforma social del zapatismo no se ha achicado. Comunidades enteras, como la de Guadalupe Tepeyac, tuvieron que replegarse en febrero pasado, antes que defecionar, todo lo cual probablemente indica que el gobierno procura engañar o engañarse cuando se ufana de que frente a sus fuerzas hay sólo un puñado de rebeldes.

Si así fuera, carecería de sentido el pacientísimo esfuerzo negociador de las autoridades, que en los hechos admiten la importancia de una presencia singular en la vida mexicana: una fuerza política con apoyo armado, de donde brota su capacidad de interlocución.

Esa fuerza se ha orientado, a partir del Foro Nacional Indígena, a organizar y poner en acción un movimiento nacional indígena, además del logro de sus pretensiones locales. En la admisión del EZ como un interlocutor en asuntos nacionales se condensa el avance político del zapatismo armado. Como lo dice el propio comunicado zapatista, los acuerdos "siguen siendo sólo papel", pero son la base para avanzar. Se trata de logros al mismo tiempo minúsculos y enormes, incipientes y terminales, comienzo y fin de una etapa. Logros de todos, no sólo de los zapatistas y los indígenas, el gobierno y la sociedad.